

Varallo, Franca y Vivarelli, Maurizio (eds.), *La Grande Galleria. Spazio del sapere e rappresentazione del mondo nell'età di Carlo Emanuele I di Savoia*, Roma, Carocci Editore, 2019, 413 págs. ISBN: 9788843086726.

La Gran Galería era un largo corredor que unía el antiguo Castillo (hoy Palacio Madama) con el Palacio Nuevo de Turín. Construida en el siglo XV, en los primeros años del XVII el duque Carlo Emanuele I (1562-1630) encargó que fuera remodelada y fastuosamente decorada con objeto de instalar en ella sus colecciones de esculturas, objetos preciosos, instrumentos matemáticos y, sobre todo, la biblioteca ducal, que en su tiempo llegó a alcanzar la cifra de catorce mil volúmenes. Aunque la Galería fue arrasada por un incendio en 1667 y las colecciones dispersadas, tanto el programa iconográfico de exaltación dinástica como las piezas conservadas han sido objeto de varias exposiciones, entre otras: *Le collezioni di Carlo Emanuele I di Savoia* (1995), *Il teatro di tutte le scienze e le arti. Raccogliere libri per coltivare idee in una capitale di età moderna* (2011) y *Le meraviglie del mondo. Le collezioni di Carlo Emanuele I di Savoia* (2016). En las dos últimas colaboró con dos breves trabajos sobre los libros de la biblioteca ducal la historiadora del arte, Franca Varallo, editora del libro que aquí reseñamos, junto con Maurizio Vivarelli, especialista en bibliografía y biblioteconomía. Con las aportaciones de otros estudiosos de distintas disciplinas –incluidos un zoólogo y un experto en numismática–, el objetivo de esta obra es proporcionar una primera aproximación de conjunto a la Gran Galería, “como espacio de saber y representación del mundo”, según reza su título.

Los quince capítulos que conforman el libro están distribuidos en tres secciones, la primera de las cuales, bajo el título “lugares de la memoria”, ofrece una panorámica general sobre la concepción de las bibliotecas europeas e italianas en la Edad Moderna. Las otras dos se ocupan propiamente de la colección de libros de Carlo Emanuele y de su predecesor inmediato, el proyecto conocido como *Theatrum omnium disciplinarum*, que se formuló a instancias de su padre, el duque Emanuele Filiberto I. Una aproximación al contenido de la biblioteca de los duques Saboya es el objeto de la segunda sección –la más extensa, con ocho contribuciones–, mientras que la tercera pretende abordar su estudio desde el punto de vista de la catalogación bibliográfica.

Para un lector no familiarizado con el tema, resulta recomendable comenzar la lectura con los dos artículos del historiador del arte Sergio Mamino, originalmente publicados en la década de 1990, pero todavía un punto de referencia esencial sobre el tema. A partir de la lectura crítica de la bibliografía y nuevas fuentes de los archivos de Turín, este autor corroboró la idea de que el *Theatrum omnium disciplinarum*, dirigido por el médico y bibliófilo Ludovic Demoulin de Rochefort, fue tanto el proyecto de escritura de una obra enciclopédica, como una colección de libros, instrumentos científicos y antigüedades; se trataba ya de un proyecto de museo, cuya culminación se alcanzó en la Gran Galería, realizada una generación más tarde. Con gran habilidad y perspicacia en el manejo de las fuentes, Mamino demostró también

la intervención directa de Carlo Emanuele en la elaboración del complejo proyecto decorativo de la sala: este incluyó escenas de los cielos, estrellas y planetas en la bóveda, en correspondencia con figuras de animales voladores y terrestres en las paredes—donde también se colocaron retratos de los miembros de la casa de Saboya—y escenas de peces y otros animales acuáticos en el pavimento de mosaico. La imagen del cosmos, asociada al saber recogido en los libros, convertía la Galería en un compendio de todas las cosas del mundo, organizadas de tal modo que simplemente paseando por ella uno podía tener conocimiento de todas las ciencias, según apuntaba el pintor y teórico Federico Zuccari, autor del primer proyecto decorativo.

Con los artículos de Sergio Mamino, a cuya memoria está dedicada la colección de ensayos, dialogan particularmente bien los dos trabajos de historia intelectual que sirven como pórtico del volumen, ambos previamente publicados hace unos quince años. El artículo de Eric Garberson es un impresionante recorrido desde Jenofonte hasta D'Alembert acerca de la percepción de las bibliotecas como espacios de conocimiento y su conexión con los discursos sobre el arte de la memoria. En su interés por los debates sobre la colocación de los libros—por formato o disciplina—y el planteamiento de que la biblioteca era un espacio no sólo físico, sino también conceptual, en el que la visión ordenada del conocimiento se convertía en base del pensamiento creativo, el texto de Garberson enlaza con el trabajo siguiente, debido a Koji Kuwakino. Este se centra en la obra de Samuel von Quiccheberg, bibliógrafo que a mediados del siglo XVI teorizó sobre la construcción de un museo enciclopédico en forma de teatro en el que distintos objetos, imágenes e inscripciones estarían colocados siguiendo un orden capaz de permitir la rápida y efectiva adquisición del conocimiento y, desde ahí, la invención creativa. Aunque Rochefort, el responsable del *Theatrum* de Emanuele Filiberto, conoció esta obra y optó por seguir un modelo en el que la palabra escrita tuviera más importancia, ambos compartieron la misma preocupación por la organización del conocimiento característica del coleccionismo enciclopédico. La contribución de Antonio Oliviere sobre Basilius Amerbach, erudito que compró y catalogó parte de la biblioteca de Rochefort, se lee mejor junto a estos autores que en la última sección del libro.

A distancia de estos trabajos desde un punto de vista tanto metodológico como temático se sitúan los otros dos artículos integrados en la primera parte: el de Enrico Pio Ardolino, dedicado a las bibliotecas de las cortes italianas medievales y renacentistas, y el minuciosamente documentado de Marzia Giuliani sobre las relaciones entre eruditos, bibliotecarios y hombres de letras vinculados a academias y bibliotecas de varias ciudades, en particular la Ambrosiana de Milán, establecida casi al mismo tiempo que la de los Saboya. Con ellos encaja bien el trabajo de Giuliana Lonardi sobre las bibliotecas medievales de los Saboya, situado en la tercera parte del volumen.

Las seis contribuciones de la segunda parte—dejando a un lado las dos ya comentadas de Mamino— forman un bloque coherente en el que se puede incluir también el artículo escrito por Vivarelli en colaboración con Erika Guadagnin, de la tercera sección. Con una metodología específicamente catalográfica, estos últimos autores proponen un sofisticado método de identificación, cuantificación y descripción de los libros de la Gran Galería a partir del inventario que realizó el bibliotecario Giulio Torrini en 1658. La biblioteca ducal estaba organizada por disciplinas en doce armarios dedicados a la teología, las lenguas antiguas, la pintura y la escultura, la filosofía y la ingeniería militar, entre otras. Diversos especialistas se encargan de describir y comentar una parte de su contenido por grupos de disciplinas: Alice Raviola se ocupa de la geografía,

la historia y el derecho; Pietro Passerin d'Entrèves, de los libros de medicina y filosofía natural; Patrizia Pellizzari, de la literatura italiana; Gabriella Olivero, de las matemáticas, la cosmografía y la astrología; y, finalmente, Federico Batello, de los libros de numismática y antigüedades. Estos autores han pretendido identificar no sólo las obras que estaban en la biblioteca, sino también otras importantes que faltaban con objeto de valorar su nivel de actualización en las materias correspondientes. Otra cuestión planteada en alguno de estos estudios es el orden en la colocación de los libros, que no fue en absoluto sistemático. Puesto que las referencias del inventario de Torrini son a menudo imprecisas y la localización y catalogación moderna propuesta por Vivarelli y Guadagnin apenas acaba de iniciarse, no es sorprendente que los resultados sean provisionales y muy desiguales. En algunos casos, los trabajos resultan demasiado acumulativos y en ocasiones faltos de claridad, especialmente cuando la verificación de la presencia de los libros en la Galería simplemente se incorpora a las notas al pie. El hecho de que se trata de aproximaciones preliminares y necesariamente parciales no ha impedido, sin embargo, algunos resultados excelentes, como el bien delimitado y articulado estudio de Pellizzari sobre las obras de literatura italiana, un modelo digno de seguirse en profundizaciones futuras.

En la introducción del volumen los editores lo presentan como una etapa de un estudio en crecimiento, cuyo fin es integrar el microcosmos representado y contenido en la Gran Galería en la multiplicidad de contextos relevantes, ya sean políticos, artísticos o de otra naturaleza. En sus propias palabras, se trataría de “construir la historia cultural y antropológica de este majestuoso artefacto” (p. 12). Las líneas que seguiría esa historia son indicadas en la apretada contribución de Franca Varallo, que abre la sección segunda del libro. En un esfuerzo de síntesis, la autora incorpora algunos resultados de este volumen, al tiempo que alude a otras importantes interpretaciones, como la de Massimiliano Rossi sobre las preocupaciones mágico-herméticas asociadas al culto dinástico de Carlo Emanuele y a la Galería¹. Dada la importancia que parece tener esta perspectiva para entender el significado de la biblioteca, se podría haber discutido de forma más extensa, o bien haber añadido alguna contribución en esa línea.

En la previsible publicación de nuevos resultados sería también recomendable ofrecer al principio un resumen básico de lo que fue la Gran Galería en beneficio de los lectores no familiarizados con la historia de Turín y los Saboya; no debería ser necesario acudir a trabajos previos de la editora –por ejemplo su concisa y clara contribución a la exposición de 2011– para que los lectores fuera del ámbito de la Universidad de Turín, a la que están vinculados la mayoría de los autores, tengan desde el principio una idea rápida y precisa del tema. No obstante esto, el volumen reseñado cumple la función de plantear nuevos caminos de análisis de la Gran Galería, y en especial de los libros de la biblioteca, una tarea para la que sin duda seguirá siendo fundamental la colaboración con expertos en biblioteconomía y otras disciplinas, como aquí se ha planteado.

María José del Río Barredo
Universidad Autónoma de Madrid
mjose.delrio@uam.es

¹ Rossi, M.: “L’ idea incarnata: Federico Zuccari e l’ immagine ermetica di Carlo Emanuele I di Savoia”, en Merioi, F. y Scapparone, E. (eds.): *La magia nell’ Europa moderna. Tra antica sapienza e filosofia naturale*, Florencia, Leo S. Olschki, 2007, pp. 545-566.